

La Victoria

SEMANARIO DE BÉJAR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

REDACCION: Sánchez Ocaña, número 2.
ADMINISTRACIÓN: ídem, ídem.
La correspondencia administrativa á la Administración, la demás á la Redacción.

ADVERTENCIA.

No se devuelven los originales después de su publicación.
Se dará noticia, si lo merecen, de las obras que se nos remitan.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN TODA ESPAÑA, un mes 0'50 pesetas
En id. id. trimestre 1'50 >
En id. id. un año 6'00 >
Pagando un año anticipado 5'00 >
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

FIN DE AÑO

Con los regocijos de Navidad se mezclan las presiones del fin de año, que á todo corazón lexivo no pueden dejar de serle serias y hasta vez abrumadoras.

¿Tenemos un año más, lo cual, en rigor de ver- y en buenas y exactas matemáticas, no significa sino que tenemos un año menos.

Nos lo dió como todos el Criador para que con le sirviésemos y con él nos agenciásemos menos para la otra vida. Oigamos, pues, en estos días la voz severa de ese Año que nos llama á lance y nos pregunta, porque lo puede preguntar: «Hombre ó mujer, quien quiera que seas, á quien hice entrega de este año que va á concluir ¿se no volverá ya más á tus manos, ¿qué has hecho de él? ¿qué réditos me trae tu actividad de este capital que debiste negociar en mi servicio? ¿qué cosecha de este campo que te entregué para cultivar?»

¿Acogojados nos encontraríamos y, como se dice, entre espada y pared, si debiésemos darle á juez de la tierra respuesta á tan grave interrogatorio, sobre todo si supiésemos cierto que de ser mal librados de él quedamos sentenciados á confiscación de bienes y aún tal vez á pena capital.

Y es cierto, no obstante, ciertísimo todo esto, no se tardarán muchos años, tal vez no muchos meses ó semanas, que no lo sepamos por experiencia.

El tiempo es nuestro principal capital.

¿Quién nos lo dió?

El Señor.

¿Para qué nos lo dió?

Para con él servirle y ganarnos el Cielo.

¿Bajo qué condiciones?

Bajo las muy rigurosas de que lo empleásemos todo en el cumplimiento de su ley.

¿Con qué amenazas?

Con las del infierno sin fin, si nos encuentra esprevenidos á la hora en que nos llame á general balance.

¿Y qué hora será esa?

Lo ignoramos; sábese sólo que ha de ser la que menos pensemos, y que más allá de algunos pocos años no puede tardar, aunque dentro muy pocos días ó minutos bien pudiera sobrevenir.

Digásenos por caridad, ¿hay verdades más ciertas que esas? ¿las hay de carácter más práctico y positivo y á la vez más trascendental? ¿las hay que más de cerca interesen al bienestar y suerte definitiva de cada uno?

Se puede ser indiferente á las ciencias, á la política, á los negocios, á la misma salud propia y á la misma existencia temporal; pero ¿se puede ser indiferente á lo que para mi felicidad eterna es cuestión de vida ó muerte, de ser ó no ser?

Dijáramos que no, si una ojeada á nuestro alrededor no nos convenciese de que desdichadamente para nada del mundo hay indiferencia, y sólo en la mayor parte de los hombres para eso la hay. Guardémonos de tan funesta obcecación, que es verdadera locura.

Cuenta daremos del año que va á expirar, como de los que puede aún misericordiosamente concedernos la Providencia.

A los pies del Niño divino reconozcamos el tiempo desaprovechado; prometamos el que en adelante se nos dé, emplearlo mejor.

De un pobre criado, á quien damos por la mañana unas pesetas para la compra, queremos saber á la noche en qué gastó aquella cantidad.

Y si parte de ella hubiese arrojado á la calle, ó la hubiese invertido en cosa que no debió, acusáramosle severamente de defraudación y hurto.

¡Ay, cuántos que se tienen acá por muy íntegros y honrados se encontrarán delante de Dios, en lo que toca al manejo de este caudal del tiempo, reos de tan feos delitos!

F. S. y S.

El Niño del Nacimiento

(Conclusión)

Trabajo costó que volviera en sí la niña; pero aquellos amantes corazones que rodeaban su camita, abiertos un momento á la esperanza, se retorcieron en seguida con la mayor angustia, alguno con horror.

—Curadme—suplicaba la niña, con el rostro desencajado y las manos juntas—curadme; no permitáis que muera; me da miedo la oscuridad del sepulcro; no quiero estar allí sola con los gusanos; curadme para que viva, por lo menos, tanto como la abuelita; no quiero, no quiero morir... Yo creía que mi alma iría al Cielo con Julita y nada me importaba el cuerpo mientras no resucitase triunfante y hermoso para volver á jugar con mi hermana, abrazarla y besarla y querernos mucho, mucho y para siempre... Pero me habéis engañado...

Y la pobre niña se levantaba en convulsiones espantosas, queriendo arrojarse del lecho como si la muerte estuviese allí.

—No te hemos engañado, cordera—decíale Heliodora;—es que tú oirías mal á tu papá, tenía ganas de broma; todo lo que te hemos enseñado es verdad; mira, te traigo el hermoso Niño del Nacimiento para que duerma aquí contigo; pídele la salud, que El te la devolverá, si conviene.

—¡Quita, quita, es un muñeco; lo ha dicho papá!—gritó Julia con risa que hería el corazón como una puñalada. Dadme medicinas, traedme médicos; no dos ó tres, sino muchos, 20 ó 30 lo menos, á ver si entre todos me curan; no me dejéis morir.

Y fueron sucediéndose los ataques, alternando la convulsión y el delirio con el colapso, más fuerte y prolongado á medida que se repetían y agotaban las fuerzas.

Y tan largo fué el último, que no volvió de él.

—Ya no sufre, declararon los médicos; extendieron el certificado de defunción y abandonaron la casa, que invadieron amigos y vecinos, ofreciendo sus servicios y cuidados.

Tan triste había sido la muerte de la niña, que, aun teniendo su madre completa confianza en la misericordia divina, que no había de castigarla por aquella falta de fe de que otro era el responsable, no quiso se la coronase de flores ni se hicieran ostentosos aparatos, sino con la misma bata de franela blanca que llevaba puesta se la colocó entre cuatro cirios sobre un diván cubierto de negro.

Jorge y Heliodora se arrodillaron á ambos lados del improvisado túmulo, y por vez primera, después de la muerte de su hija, se encontraron sus miradas.

Era la de él cobarde y desgarradora como el remordimiento; en la de ella, al través de las lágrimas, se reflejaba infinita ternura é inmensa compasión.

Aquella mirada cariñosa y sublime, sin sombra de odio ni de sentimiento, atravesó como un dar-

do el corazón del esposo, del padre desdichado, hiriéndole más vivamente que el más fino y amargo reproche.

Ganas de distraerla y hacer que tomase algún alimento, las amigas procuraron alejar á la madre de la estancia mortuoria.

Accedió, por no desairarlas, y Enrique, el joven estudiante, densamente pálido y vestido de rigoroso luto, fué á ocupar su puesto junto al cadáver.

Fijó con profunda pena los ojos en su padre, sin atreverse á dirigirle la palabra al verle sumido en honda aflicción, hundida entre las manos la abatida frente, que levantó poco después para dirigir la mirada á su hija, y encontrándose con Enrique en vez de Heliodora, dijo con amarga expresión:

—Mira ahí nuestra obra, hijo mio; esto es todo lo que puede hacer nuestro orgullo: destruir, aniquilar... pero, cuando nos sorprende la muerte en el páramo de nuestras negaciones, y no encontramos más que el vacío y el horror del sepulcro, es espantoso, como acabas de ver...

—Verdaderamente, papá—objetó Enrique—que las ilusiones...

—¡Ilusiones, ilusiones!—repitió Jorge.—Y dime: ¿quiénes son aquí los ilusos? ¿los que niegan ó los que creen? Pero me he equivocado: debí decir los que creen ó los no quieren creer. Porque aquí, Enrique, aquí solos tú y yo, solos ante la muerte, que viene á echarnos en cara nuestro orgullo y nuestra nada, heridos por la desgracia y el remordimiento, tenemos que confesarnos que mentimos, mentimos miserablemente cuantas veces se nos ocurrió hacer gala de nuestra incredulidad. Tú no has podido tan pronto olvidar ni arrancar de tí las cristianas enseñanzas de tu madre; pero oyes, lees, recibes la influencia de profesores, ateos ó indiferentes, y sigues la corriente, la moda, presentándote ante tu padre como un hombre ilustrado, superior, hijo de tu siglo; y yo, Enrique, ¿entiendes? por no ser menos, porque no me humilles y motejes y como que te avergüences de tener un padre á la antigua, te sigo la vena y mutuamente nos engañamos. Pero la muerte es verdad, y en su presencia, cae la careta, tenemos que confesar que Dios existe; sólo un loco puede, en conciencia, negarlo; que existe el alma para recibir el premio de su fe y sus virtudes, ó el castigo de sus errores y sus vicios en una vida perdurable; y aún hemos de añadir una verdad más, Enrique, y es que la diestra justiciera de ese Dios, de quien nos burlamos, pesa hoy terriblemente sobre nosotros.

Y el padre desdichado, que se había levantado para dar más fuerza y energía á sus palabras, dejóse caer de nuevo sobre la silla y volvió á ocultar entre las manos su frente, rompiendo en sollozos desgarradores.

Enrique también inclinó la suya, cubriéndose el rostro con el pañuelo.

Entonces se abrió sigilosamente la puerta de la estancia mortuoria y entró la abuelita.

Anciana y achacosa, ya que no pudieron ocultarle la muerte de la niña, se negaban á mostrársela por temor á algún grave accidente; pero, ocupadas entonces las amigas con Heliodora, había podido burlar la vigilancia y entraba á despedirse de su nieta.

La vista del padre y el hermano no la contuvo y dando la vuelta al diván, colocóse á la cabecera de aquel fúnebre lecho, para mejor cubrir de besos y lágrimas el rostro de su niña.

—¡Pobrecita de mi alma!—suspiraba.—¡Quien

me dijera que yo había *venite muerta!* Y ¡qué muerte más pronta é inesperada, Dios piadoso! Cuando esperábamos ir a revivir como una luz á la cual se pone aceite, con la alegría del nacimiento que te compré con tanto gozo y con tanto amor...

Y, acertando á mirar, tirado sobre una silla, el hermoso Niño, que con desencanto tan amargo rechazó Julia, tomóle con gran veneración la anciana y, volviendo á su nieta, siguió diciendo:

—Llévate contigo al sepulcro, paloma mía, para que te acompañe y te lleve de la manita á la Gloria, si no estás ya en ella... ¿No ponen algunos padres juguetes en los nichos de sus hijitos? Pues mejor que juguetes es el Niño Jesús; y no en la parte visible de aquél, sino dentro, contigo, en la misma caja: ¡qué compañía tan buena, tortolita mía! Abrazale tú y tenle sobre tu corazón, así... ¡Jesús mil veces!—gritó la anciana, alejándose despavorida al fondo de la habitación.

Jorge y Enrique levantaron la frente y vieron á Julia que se incorporaba al tocarla el Niño del nacimiento, como Chusca al contacto de la Cruz del Salvador.

Súbito se lanzó Jorge á tomarla en los brazos, llevándosela lejos de aquellos cirios y aparato fúnebre.

Sentola en sus rodillas, y acariciándola con los extremos, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Viva, viva! ¡Yo no la he muerto! ¡Dios me la devuelve al confesar su santo Nombre! ¡Gracias, Dios mío!

Heliadora corrió al oír aquellas voces, sin que pudieran estorbarselo; imaginaba que Jorge había perdido el juicio.

Pero, al ver á su Julita viva y sonriente, pensó ser ella misma quien se había vuelto loca, y que era una visión engañosa lo que miraba.

Llegóse á su hija y la palpó como si no diera crédito á sus propios ojos.

Tomando asiento á su lado, la atrajo sobre sí; pero Jorge, enajenado de gozo y avaro de aquella impensada felicidad, no acertaba á soltarla.

Julia, sin dejar de estrechar el Niño con el brazo izquierdo, pasó el derecho al cuello de su madre.

—¡Vives, hija mía de mi alma!—pudo por fin aquella exclamar.

—Sí, mamá mía; todo lo he estado oyendo: vuestro llanto, los preparativos de mi entierro...

—¡Oh, sería horroroso!

—Sí, pero también he oído á papá confesar que hay Dios, que hay Cielo y, por consiguiente, que puedo volver á ver á mi Julita... Entonces me ha parecido como si en mi corazón, convertido en un pedazo de hielo ó en otra cosa muy fría, cayese una lágrima de fuego; y la sentía correr y difundirse en mi sangre, en mi cerebro, en mis huesos mismos. Conocía ya que vivía, porque antes, aunque lo oía todo, creía estar muerta; mas aquel calor, aquella fuerza, que yo sentía, era la vida; pero no podía hacer ningún movimiento, ni hablar, ni nada... Oía tus sollozos, papá de mi alma, que despedazaban mi corazón y parecía como que me levantaban en vilo; pero no me movía, no podía ni pestañear siquiera. En esto entró la abuelita, me besó y lloró mucho, y no me era dable desatar mi lengua, hasta que tomé el Niño del nacimiento y le puse sobre mi pecho. Recordé entonces que le había despreciado y lanzado de mí, y no sé qué extraña sacudida experimenté á su contacto. Sin duda que, como decía la abuela, me tomé por la mano y me hizo levantar, pero no para llevarme á la Gloria, porque no es hora todavía, sino para entregarme á vosotros, llenándonos á todos de contento. A todos, y á tí también, mi pobre Enrique. ¿Por qué lloras así?—terminó, acariciando la frente de su hermano, que había ido á arrodillarse á sus pies.

—Déjale llorar—respondióle su padre; esas lágrimas son nuevo bautismo de su alma y alegría de los Cielos.

La abuelita y la madre se miraron al oír estas palabras en boca de Jorge y aquella elevó las manos en fervorosa acción de gracias al Dios de misericordia y las bajó para bendecir á sus hijos.

¡Qué grupo! ¡Qué portalico de Belén, donde el Niño Jesús tenía por cuna aquel puñado de corazones! ¡Verdadero nacimiento, donde dos almas nacían á la gracia y todas á la dicha y gratitud hacia el Dios misericordioso!

A. L.

UN REPUBLICANO

CAMPEÓN DE LA CAUSA CATÓLICA

Este título, con el que una revista madrileña encabeza un artículo, del cual vamos á copiar algunos párrafos, parecerá, sin duda, un contrasentido á los que se figuran que el nombre de república es sinónimo de irreligión, á los que no comprenden que pueda haber un partidario de la forma republicana, que sea al mismo tiempo fervoroso católico, á los que creen que, para ser republicano, es preciso ser ateo...

¡Cuántas veces lo hemos dicho!

Esos, que llamándose republicanos, pretenden propagar la república combatiendo á la Religión, hacen, con ese proceder, más daño á la primera, que muchos de sus adversarios.

Lean, lean las siguientes líneas del mencionado artículo, referente á don Carlos Walker Martínez, ilustré hombre público chileno.

Helas aquí:

«De inteligencia distinguidísima, historiador, poeta, orador fogoso y de contundente lógica, político, diplomático, hombre de Estado y de consejo, sobresalía Walker Martínez aún más por sus condiciones de carácter. Su textura atlética, su temperamento vigoroso, la hidalguía y nobleza de corazón, tan propia de los grandes hombres, juntos con un valor indomable y un espíritu de abnegación llevado hasta la heroicidad, le hacían como nacido para el trabajo y para la lucha. Tenía además por su fe el entusiasmo de los antiguos cruzados y por su patria un amor inmenso.

Estas dotes relevantes le hicieron muy pronto jefe del partido católico, que en Chile se denomina «conservador», en una época en que el liberalismo sectario se había entronizado en el poder y emprendía contra la Iglesia una nefanda campaña. En ese puesto tuvo Walker Martínez la gloria de dar á su partido una unidad férrea y una disciplina admirable y de realizar con feliz éxito ardorosas y encarnizadas luchas electorales con las que, no sólo impidió el avance del radicalismo, sino que obtuvo grandiosas conquistas, que han permitido á los católicos chilenos tomar parte en el gobierno de la nación en estas últimas presidencias, ocupando él mismo el cargo de jefe del Gabinete en el gobierno del presidente Errázuriz.

Los vigorosos ecos de su palabra de fuego le dieron una popularidad inmensa; se había hecho el ídolo de la juventud creyente y de las masas obreras, como lo prueba, entre otros, el hecho de que habiéndose presentado por Santiago su candidatura, en las elecciones para diputados de 1892, á pesar de haber intentado el gobierno impedirlo á toda costa con deplorables y sangrientas arbitrariedades, favorecieron al caudillo católico la enorme suma de 35.000 votos.

Al morir, en el mes de octubre próximo pasado, conservaba el título de presidente honorario del partido «conservador», y ocupaba un puesto en el Senado de la República; en sus últimos años le rodeaba el prestigio y el respeto, no ya sólo de los suyos, pero hasta de sus mismos adversarios. Sus funerales, que corrieron á cargo del gobierno, fueron grandiosos, revistiendo todo el carácter de un duelo nacional.

Siendo joven compuso una ardiente poesía, de la que copiamos algunas estrofas; en ellas se retrata de cuerpo entero su espíritu fogoso de católico y de patriota:

«Yo venero la ley de mi creencia,
y adoro el libre y patrio pabellón;
rindo al dogma mi fe, mi inteligencia;
á la patria mi brazo y corazón.

MI patria guarda espléndida la estrella
de su altivo triunfante tricolor:
mi sangre á ríos verteré por ella,
libre soldado al pie de su cañón.

Cristiano, el corazón su fe conserva;
republicano, es libre y varonil;
no en torpe vicio su virtud se envuerva,
ni se envuelve su aliento en sombra vil.
¡Juro ante Dios, que adoro reverente,
juro ante el suelo de mi patrio hogar
morir con esa fe pura y ardiente,
y por mi patria con honor luchar!»

Don Carlos Walker cumplió esto fielmente; luchó como bueno por su patria y guardó su «fe de carbonero», como decía él con gracia muchas veces, hasta morir. Sus últimas palabras, antes de expirar, fueron éstas *Hágase, Señor, tu voluntad*; había pedido él mismo y recibido poco antes los Santos Sacramentos. Durante su vida se prepa-

raba con la sagrada Comunión para sus negocios de importancia y para sus luchas políticas; jamás dejó pasar un día sin obsequiar á la Virgen con el rezo del rosario. Educado en el colegio de las Jesuitas, fué de los fundadores de la Congregación Mariana, y su presidente durante muchos años.

¡Vaya un republicano!—puede ser que diga alguno, después de leer las precedentes líneas—¿es republicano, que se confiesa y comulga, que oye misa y reza el rosario? No lo entiendo—Ese señor Walker Martínez, que hacía todas esas cosas, no sería republicano; sería *neo*.

Pues era republicano, y muy republicano—diríamos nosotros—y, al mismo tiempo, *neo* y muy *neo*, en el sentido de católico práctico, que da no pocos á esa palabra.

¡Ah, si fueran así todos los que se llaman republicanos!

Pero ¿conocen ustedes muchos como Walker Martínez, por estas tierras?...

A.

A LOS EMIGRANTES

Las siguientes líneas son del periódico brasilero *La Voz de España*:

«En el Hotel de Emigrantes se les trata á puntapiés; la cama y la comida serían despreciadas por los que purgan sus faltas en el peor de los presidios.»

(Lo mismo escribe el *Jornal del Brasil*, después de visitar el llamado pomposamente Palacio y agrega que el alimento consiste en pan duro remojado en agua y que los emigrantes duermen tendidos sobre el duro suelo.)

«Los propietarios de las haciendas—añade *La Voz*—que, como en otra ocasión hemos dicho, están en su mayoría empeñados hasta lo indecible, ni dan alimentos, ni dan terrenos, ni dan salario de 50 pesetas diarias.

Lo que dan por cuidar 1.000 árboles de café son 70.000 reis al año y, suponiendo que un colono con familia pueda cuidar 3.000, ganará 18 pesetas por mes, ó sea *una peseta y veinticinco céntimos* por día.

Y menos mal que reciba el salario con puntualidad, pues haciendas hay donde en vez de pagarle en moneda bancaria se le paga enseñándole el cañón de una carabina ó la punta de un puñal!

Precisamente porque las condiciones en que se hallan los trabajadores agrícolas son cada vez más pésimas, se suceden con tan harta frecuencia rebeliones en las haciendas y los propietarios mantienen administradores y *cavangas*, encargados de someter por la fuerza á quienes se atreven á reclamar el pago del salario ó á protestar de cualquier violencia.

Lo de las 40 y 50 pesetas diarias queda reducido á lo siguiente:

Un colono recoge, trabajando diariamente de sol á sol, y aún aprovechando la claridad de la luna, unos cuatro *alqueires* de café, operación que se remunera á 400 reis por *alqueire*, lo que equivale á 1.500 reis, ó sea 3 pesetas al cambio actual.»

La sociedad "Segunda Humanitaria."

Esta importante colectividad bejarana celebró, como anunciamos, junta general ordinaria de fin de semestre, el día 24 del corriente, á las nueve de la mañana, en el local de la escuela de niños de la calle de Mansilla.

Dió principio el acto leyendo el secretario, señor Asunción, una bien escrita memoria de los trabajos realizados por la directiva desde la última junta general hasta la fecha.

El documento, que, además, contenía oportunas consideraciones respecto á los beneficios, que reportan las sociedades de socorros mutuos á sus asociados, y expresiones de gratitud á los socios protectores de la que celebraba la junta, mereció la aprobación de los concurrentes.

Después de la lectura de la memoria, el presidente, señor Moreno, manifestó que D. Juan Bautista Zúñiga había puesto á disposición de la directiva, para el fin de la sociedad, un reloj y veinte pesetas en metálico.

La noticia del nuevo donativo del señor Zúñiga causó la natural satisfacción.

Se acordó poner la adición, que más abajo co-

